

Valerie Mejer

La dignidad revisitada¹

La dignidad puede llegar a una vida de un modo accidental. A mí me llegó poco a poco, cuando Raúl Zurita el poeta emprendió la tarea titánica de escribir el *Zurita* (un libro que vivió al principio con otros nombres, algunos de ellos bien polémicos, mi favorito “Cielo abajo” pero esa discusión no la gané) y me fue enviando uno a uno o más bien de nueve en nueve los poemas que terminaron sumando más de setecientos y que constituyen hoy en día uno de los libros más importantes de la poesía reciente de América Latina. Raúl Zurita el amigo, sabía que todo ese tiempo en que sus poemas me iban llegando mi vida pasaba por tránsitos difíciles. Sabía que sus cartas llegaron cuando mi hermano se tiró de una ventana en Edimburgo, cuando descubrí un largo engaño, cuando mi hija y yo nos fuimos a vivir a Nueva York. Sabía que al firmar así: *Forza, coraggio*, siempre así, en la lengua de su abuela maternal, Veli, su rostro y voz acompañaba ese tan humano y constante levántate que encontraba siempre la forma de articular con la constancia que sólo un gran amigo puede tener. Leí antes de escribir esto las 1224 misivas, la mayoría de ellas acompañadas de algún poema del *Zurita* entonces en proceso, con alguna gran angustia respecto a poder completar ese anhelo suyo hecho de la sustancia misma del sueño. Muchas veces escribía después de una siesta, como aquella vez que soñó que yo era Giulietta Massima y los guiaba a golpe de tambor quién sabe a dónde... el destino de este libro le resultaba tantas veces incierto, y hay una nota en particular donde parece tan a la mano esa incertidumbre, donde Zurita el poeta angustiado hablaba de este modo:

Te mando el final de la “humanidad”, pero literariamente estoy aterrado, terminé con este poema las dos primeras partes de *Zurita* y ahora me toca meterme en la tercera y final, creo que las dos primeras partes me quedaron bien, creo que sí, pero de lo que viene sé poco, tengo una parte lista, “los boteros de la noche”, *las ciudades de agua*, uno de los “cielo abajo” van allí, pero todo lo demás son bosquejos, páginas en blanco, y estoy aterrado. Hoy abrí el archivo donde tengo esta tercera parte y casi me mareo de angustia. Sé que suena

1. Valerie Mejer leyó este texto en la Ciudad de México para celebrar la salida de *Zurita* el 5 de diciembre de 2012.

exagerado y yo mismo no sé bien por qué me angustio tanto, mejor dicho, creo saber por qué pero la respuesta no me gusta nada, así que tampoco me ayudo.

Me da pánico no poder mantener el asunto, no poder concluirlo porque pienso que entonces nunca tendré paz. Mi amiga querida, de nuevo es partir de cero, nada de lo que he escrito me da la más mínima garantía de lo que tengo que escribir en el futuro me saldrá bien. Hay una frase de Baudelaire en sus *Prosas* (*Pequeñas prosas*, creo se llama el libro) en que ruega que “todavía me sea concedido escribir un par de poemas hermosos para no sentirme el peor de los hombres, para no sentirme inferior incluso a aquellos que desprecio”. Siempre me mató esa frase.

Pero hay otra frase que sirve de antídoto, es Rimbaud en la *Temporada en el Infierno* que me salva de la de Baudelaire, dice: “Esclavos, no maldigamos a la vida”, él se incluye, la frase completa es: “El canto de los cielos, la marcha de los pueblos, esclavos: no maldigamos a la vida”. Claro, la vida es algo tan infinito, tan grande, que qué importancia puede tener el insignificante terror de un tipo a quedarse sin voz, es como demasiada poca cosa. Como tú dices, la vida es inagotablemente interesante. Bueno, y con el ánimo de nuevo en alto por esa frase esplendorosa te digo buenas noches mi amiga querida.

Un abrazo del alma.

Raúl

Todos hoy sabemos que no se quedó sin voz y que toda aquella angustia no tenía fundamento, que estamos aquí esta noche porque el sueño está completo. Sin embargo, hay otra connotación de la palabra, no sueño como anhelo sino sueño como hecho de la sustancia humana del reposo, aquello que fue pensado para la vida humana por Calderón y que en este caso es la sustancia de sus poemas vivos... pero si eso es así es porque ha seguido también sus leyes.

Raúl Zurita en aquel breve ensayo al que llamó “La resurrección revisitada” igualó al sueño con la experiencia de la lectura de un libro de Herman Broch, *La muerte de Virgilio* y todo aquello con un recuerdo, una memoria. Y los dice de este modo:

II

En el recuerdo es el cielo y el mar. Luego una pensión de verano donde mi hermana y yo mirábamos el océano flanqueados por dos mujeres mayores. Las rompientes recortaban el azul de las aguas que se iban aclarando hasta terminar fundiéndose con la luz y el aire de un modo tal que de pronto, como de una inmensa lámina que se curva, era el cielo sobre nosotros. En esa mezcla sin horizonte se alcanzaban a ver unos barcos que parecían suspendidos en el aire. Me he acordado del nombre del lugar: Punta de Lobos; del año: 1955. Se sabe que los recuerdos, sobre todo los de infancia, tienen una textura incierta. Paradójicamente nada hay que se parezca más al sueño que la certidumbre de los grandes momentos, como si aquello que percibimos como inolvidable: la muerte de alguien querido, unas manos que te abrazan desde la espalda o la

súbita visión de un paisaje, no fueran sino las islas apenas visibles de una trascendencia abrasadora.²

Esta ruptura de categorías o, dicho mejor aún, esta posibilidad de igualar las experiencias, más que una sola idea se encuentra en la sustancia y en el método de la escritura del *Zurita*. Y el genio ha estado en una mirada interior y exterior, simultánea, lo que el poeta llamó en una entrevista mirar por el hueco de la herida, y que le permitió que volviera dúctiles todos los materiales de la vida (o descubierto que ya lo eran) y que pone a funcionar de modo semejante a cómo funciona la vida en un sueño. Así Zurita, cuando dice “no hay nada que se parezca más al sueño que la certidumbre de los grandes momentos”,³ ha puesto a marchar a través de sus poemas su biografía individual y casi sin distinción alguna la de su país. Esto lo ha hecho con la misma intensidad alucinante y en un sistema de composición paralelo al que se le adjudica al sueño ordinario y en ocasiones al del sueño lúcido.

¿Por qué ha hecho esto? No lo pregunto en el campo de su ambición literaria sino en un plano más íntimo, el del hombre que ha vivido su vida. Y he pensado en una explicación: Zurita ha querido que las cosas terribles de su vida y las de su país sean reversibles, lo ha querido en este libro y terminarlo ha sido de alguna manera hacerlo posible. Ha sabido (entre tan tanto que sabe) que los efectos que una piedra produce en el agua cambian de un tipo de cuerpo de agua al otro. Una piedra que cae en un lago tranquilo genera círculos concéntricos que se extienden hasta disolverse y una piedra que cae en el mar se pierde en la fuerza de su arrastre. Así pasa con un mismo recuerdo cuando entra en un libro de memorias o en un poema. Zurita me contaba que cuando escribió *El día más blanco* saldría entero o renovado de la tarea de escribir su memoria. No fue así, fue más bien como revelar la fotografía de su padre en el momento de expirar. En aquel libro su padre se desplaza en su libro de memorias con la fuerza de una introspección que trata de abarcar con templanza el fenómeno de su propia orfandad. En su *Zurita*, en esa gran saga, su padre aparece como un interlocutor, como un hombre vivo, como una fantasma que se sienta en la orilla de su cama, como el hombre que cruza un océano que se abre y con el que abandonan un devastado Santiago de Chile, en un escenario que evoca, como dos puntas de un mismo hilo, tanto el Antiguo Testamento —cuando el mar se abre— como el Apocalipsis. Su padre: un personaje omnipresente que deambulaba por los poemas en prosa y en él, Raúl Zurita fantasea con la reversibilidad de hechos terribles como la muerte

2. Raúl Zurita, *Sobre el amor, el sufrimiento y el nuevo milenio*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 2000, p. 147.

3. *Ibid.*

de su abuelo, de su padre, su orfandad o la dictadura, los cuerpos de los jóvenes desaparecidos o las cosas privadas y las públicas hiladas, para que el poeta casi siempre vuelva a despertar y a dar a conocer que las cosas que sucedieron, de verdad sucedieron. El poema entonces, lúcido, sabe que no hay vuelta, pero te deja entrar en la casa donde cierta vida podría seguir, donde todos siguen a la mesa en esa casa de sillones verdes, en la calle de General del Canto, donde todos siguen vivos. Donde su padre no es un retrato al que su abuela lo empuja para que lo reprenda o lo felicite. En un país donde nunca hizo falta que Allende dijera esas últimas palabras que cuántas veces me dijo son las más hermosas. No las dijo porque no hizo falta, lo terrible no existió, pero sí, sin embargo sí, todo ocurrió, y esa paradoja, ese nudo que ata al Arca de Noe (ese Maipo) con unos pocos sobrevivientes a una humanidad por completo viva, es el tesoro que me fue enviando por entregas, en los días que yo también hubiera querido borrar, y que Zurita, con una solidaridad inexplicable, redimió y dignificó al irme compartiendo este libro suyo.